

Retiro n° 88 - 25 Junio 1969 - Acto primero

PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN

Ser pronto grandes santos por el amor: es ciertamente una cumbre que alcanzar. Y el camino es de exigencia continua, ya que el amor en esta vida crece y aumenta sin cesar; y de no ser así, se apaga y muere. La medida del amor es amar sin medida, sin cesar, sin interrupción, siempre creciendo, siempre aumentando. La riqueza mayor del amor es su integridad, no admite mezcla: o es de Dios, o es amor propio. Ambos se repelen, o el uno o el otro. Y el más o menos lo marca la purificación del corazón. He aquí el tema del presente retiro.

¿Por qué hemos de purificar el corazón? Nos dice san Pablo: "vivimos en Cristo Jesús". Ahora bien, la vida de Cristo es purísima. Siendo Dios, es natural que podamos afirmar de Él que es la santidad por esencia. Pero, ya como Hombre, su entendimiento y su voluntad, sus intenciones, móviles y acciones, su corazón, símbolo de su amor, todo es purísimo. Si vivimos en Cristo Jesús, es que Cristo Jesús quiere vivir en nosotros, quiere colmarnos de su pureza. De ahí su ejemplo y de ahí su ayuda.

Su ejemplo, para imitarlo en el móvil de sus acciones, en la intención de toda su conducta, en la pureza de su entendimiento y voluntad, y sobre todo, de su corazón purísimo.

Pero el alma se siente un poco débil: ¿cómo alcanzar tal pureza? Tiene que alentarse sabiendo que el ejemplo de Cristo le ha alcanzado su ayuda, y en Él podemos todo: todo lo podemos en quien nos conforta. Con su ayuda, por lo tanto, hemos de emprender esa purificación del corazón para ser exactamente igual que Él.

Hay que partir de una realidad: Ante la pureza que exige esa vida de Jesús en nosotros, tropezamos con una inteligencia oscurecida –que por lo tanto puede equivocarse y vivir en el error– y una voluntad debilitada, que, aunque sepa lo que tiene que hacer y vivir, se encuentra sin fuerzas. Del pecado original nació la concupiscencia con sus tres manifestaciones, de las cuales habla claramente san Juan Evangelista: la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne, la soberbia de la vida... Fijaros cuánto hay que purificar nuestro corazón en esa vía purgativa, que nunca debe desaparecer, para tener más limpios los ojos. "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios".

El alma se verá más libre y por ello más dispuesta, los sacramentos harán más provecho, la

gracia influirá más en nuestro espíritu, y el soplo divino será más eficaz, influirá con más fuerza en nuestra propia vida espiritual.

He dicho que el alma será más libre. Cómo no, si precisamente la falta de libertad del alma está en las imperfecciones, que llamamos del corazón. Porque al fin y al cabo todo anida en él: o la falta de santidad por el amor propio, o el camino de la santidad por el amor de Dios. El alma es más libre porque es más pura, porque ya no tiene ataduras, ni lastre, ni pesos que le impidan volar. No tiene, lo que llamaría san Juan de la Cruz, ni el pequeño hilo que la ata y la impide ascender hacia la altura de la perfección.

Un alma así qué duda cabe que es receptora de los sacramentos con un provecho extraordinario. Los sacramentos causan la gracia por sí mismos, pero a mayor pureza del alma el sacramento es más provechoso. La gracia es más influyente, se hace más presente en cada momento de nuestra vida aquí en la tierra; realmente vivimos de la vida sobrenatural, ella está influyendo en la vida natural, está como esponjando todo nuestro ser y todo nuestro obrar.

El soplo divino podría pasar sin rozar el alma si estuviera muy embebida en sí misma, con un corazón no purificado. Pero si encuentra a un alma abierta a toda moción e inspiración, porque vive purificada, qué duda cabe que los dones del Espíritu Santo, que son para facilitar ese movimiento hacia la perfección, encuentran el campo abonado.

Si la santidad es obra de la gracia –obra del Espíritu Santo– y exige por parte nuestra una cooperación generosa y continua, qué importancia tiene la purificación del corazón.

Acto segundo

LLEGAR A LA INTIMIDAD CON DIOS

¿Qué es lo que tenemos que purificar? ¿Cómo hemos de andar este camino? Ante todo, hay que partir de esta base: es obra de Dios. No es que Dios solo lo va a hacer: hemos de cooperar nosotros. Pero es obra del Señor. Cuántas veces rezamos, "Señor, crea en mí un corazón limpio", purificado. Purificado ¿de qué? De todo el mal que tenemos y de todo el mal que cometimos, de todo mal posible, que no puede ser ajeno a mí, en el sentido de que puedo caer en todos los pecados. Y hasta de la más pequeña imperfección.

Ante todo y sobre todo, la oración: pedir al Señor que purifique nuestro corazón. La plegaria da luz para saber qué tenemos que purificar, da gracia para poder purificar, siempre es ayuda para permanecer en ese trabajo de purificación. Que, aunque lo veamos tan atractivo, por las consecuencias benéficas que hemos rastreado, sin embargo, cuesta. Cuesta recorrer el camino de la purificación.

Ante todo, hemos de purificarnos de nuestros pecados. Los que cometemos: todos somos pecadores. Es curioso que la liturgia de la Misa ni un día rectifica la expresión: “Pequé mucho de pensamiento, palabra y obra... por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”. No hay un día en que digamos: “hoy no tengo por qué decir esto”. No: todos los días.

Ante la situación no del pecado, sino de la imperfección o defecto, todos los días y por tres veces antes de recibir al Señor, decimos: "Yo no soy digno". No hay un solo día en que digamos, “hoy soy menos indigno, hoy no soy indigno”. Nunca jamás permitiría una conciencia sincera afirmarlo así.

Purificarnos, pues, de nuestros pecados. Aunque la conciencia, gracias al mismo Señor tan bueno, no nos remuerde de pecados graves, no podemos menos de caer en la cuenta que puede haber muchas cosas en nuestra vida que falte el canto de un duro para ser pecado venial, que nos ha librado del pecado venial la inadvertencia. Pero ahí tienes la tendencia a lo mismo, ahí tienes los fallos tan frecuentes, ahí tienes unas imperfecciones tan repetidas, y quizá tan grandes, que te están exponiendo con muchísima facilidad a pecar. Ya ves lo que llamaríamos esa debilidad de la miseria humana.

Purificarnos de nuestras malas costumbres innatas, ¡oh qué campo tan inmenso! Hay en nosotros unos prejuicios en una situación, unas tendencias, unas inclinaciones, unos resabios interiores... En el fondo vamos siempre a parar en el "yo": ante todo yo y sobre todo yo y siempre yo. ¡Cuánto hay que purificar!

Purificar nuestro modo de razonar, nuestro modo de discurrir, nuestro modo de juzgar las cosas: todo en plan humano, todo con criterio humano, todo con razones humanas, todo con prejuicios humanos... Siempre lo humano. Eso forma en el corazón lo que llamaríamos una especie de suciedad. Distingamos los valores humanos que Dios nos ha dado –que son bellísimos, que debemos hacer fructificar–, al concepto humano, rastrero y bajo, como contraposición al divino. ¡Cuánto de humano en nosotros!

Purificar tantos pensamientos inútiles, absurdos y vanos. Cuántas fantasías, cuántas lucubraciones e inventivas; qué imaginación más exagerada. Darle vueltas al pensamiento: si yo vengo, si yo voy, si yo digo... Siempre en este afán de salir con el yo. Pensamientos inútiles, pensamientos absurdos sobre postura en que nos encontramos de cargo, de trabajo, de situación, de casa, de acontecimientos, alimentando unas ciertas complacencias,

dándole vueltas a la cabeza de lo que ha pasado, de lo que han dicho... Tanto pensamiento que debía ocuparse en cosas más sublimes y en cosas más altas y más divinas. ¡Cuánta purificación hay que hacer!

Purificar todos los afectos y todos los apegos desordenados. Es un campo en el cual uno se encuentra "metido", como vulgarmente decimos. Porque, ¿quién está libre de todo eso? Apegos desordenados a personas, a cosas: caprichos, simpatías, propio juicio, salud, cargos... Todo un mundo de cosas a las cuales estamos apegados. Y esto no en un sentido malo, que proporcione a la conciencia preocupación de remordimiento. No son cosas de tipo: arrancar el ojo y arrojarlo, cortar la mano y arrojarla, no. Son apegos, preferencias, predilecciones: prefiero una cosa a otra, me gusta más esto que lo otro... Todo esto, que es natural, va haciéndose norma de conducta; y entonces ya nos encontramos con que vamos siempre dándonos gusto; estamos apegados a esto, a lo otro...

En personas, es inevitable la simpatía, la complacencia. Pero dejarse llevar por eso siempre, que la norma de conducta sea esa, no puede ser. No es cosa grave, no hay que arrancar nada, pero está el corazón apegado. Hay unos caprichos, cosas accidentales, cosas secundarias, que no tienen importancia ninguna, pero... nos vamos dejando llevar de los caprichos. O sea, nos gobierna un apego, nos gobierna un afecto desordenado, nos gobierna interiormente, no estamos desprendidos, no estamos purificados.

Juntando todo cuanto vamos diciendo resulta un amasijo interior, que no constituye un problema de conciencia de esos que ponen en crisis, no; pero la vida se va pasando así, como arrastrándose, sin levantar el vuelo. Porque son tantas cosillas, que sumadas, ¡pesan tanto! ¿Quién es el que paga las consecuencias? El corazón. Está tan entretenido, está tan mezclado que no le cabe esa vida purísima de Cristo. Jesús no le cabe en el corazón.

Es como un sarmiento que está casi desunido de la vid: aquí le han tirado un poquitín, aquí le han puesto una piedra encima, aquí le han desgajado... No pasa casi la vida de la vid. Es como un brazo que está un poquitín muerto, porque la sangre no corre, porque hay un poquito de falta de circulación, casi no se mueve... no está sano. Lo mismo ocurre con el corazón poco purificado: no acaba de percibir el oxígeno de la vida de Dios plenísima, no acaba de desligarse de sí para poder volar arriba. ¡Cuánto hay que purificar!

Y aún queda, la gran lucha contra las pasiones. Las pasiones que son fuerza interior, que pueden dar un resultado maravilloso encauzándolas, enfocándolas, ordenándolas, dominiéndolas. Que no nos puedan las pasiones: que las podamos nosotros a ellas. Que no nos gobiernen las pasiones: que las gobernemos a ellas; que estén siempre en nuestra mano al servicio de una causa justa. Como un Pablo lleno de pasiones: al principio violentas, y después santas y apostólicas. Estamos hablando en el plan de la purificación del corazón, que sin eso no habrá santidad cual la quiere el Señor en nosotros, no habrá progreso en la

perfección, no habrá grandes grados de amor.

No nos tenemos que echar atrás. Por ti mismo imposible, pero cuentas con la gracia del Señor. Lo que hace falta es que te decidas. Es una gracia grande de Dios que siempre estemos en este mundo descubriendo exigencias de purificación y atractivos de perfección, la atracción del Señor. Mientras estemos aquí en la tierra, esta será la labor constante del alma con la gracia de Dios, y la labor constante de la gracia de Dios en nosotros con nuestra colaboración. No estamos solos, contamos con Dios. Dios no está solo, cuenta con nosotros.

Sintetizando, son tres los puntos en que debemos poner los ojos ante esta purificación. En primer lugar, pedirselo al Señor. Oración, en la cual pedimos luz para ver el campo en que tenemos que purificarnos. No todos los campos de purificación afectan a todas las almas: unos algo, otros más, otros menos, otros nada, otros mucho. De tantas cosas como hemos enumerado, en muchas cosas tenemos que dar gracias a Dios porque no hay que pensarlo siquiera. Que el Señor nos dé luz y veremos que el campo ciertamente se reduce a muy poco, en el sentido de que no todo lo malo anida en nosotros. Interesa ver cuál es el punto que requiere por parte nuestra más purificación.

Además, la oración nos dará gracia, no solamente para ver, sino gracia para vencer, gracia para purificar. Decíamos que el Señor nos ayuda de dos formas: con el ejemplo, que es como la luz, y con su gracia que es para ayudarnos y fortalecernos. Nos da una energía, un valor, una fuerza. La gracia del Señor nos viene por la oración.

Cuanto uno más avanza en edad y en experiencia propia y ajena de estos problemas espirituales, llega a una conclusión: que todo está en el amor, y el camino es la oración. Que no hay más que dos cosas: orar y amar, pero con todo lo que abarca el orar y el amar. Aceptando todas las exigencias que tiene una vida de oración y una vida de amor, y llevando a las últimas consecuencias esa vida de oración y de amor. La oración es punto más que necesario, es insustituible. Orar, para ver, y orar para practicar consecuentemente lo que se ha visto con la luz divina.

Supuesta la oración, esta purificación exige una disciplina del alma, lo que llamaríamos una postura de abnegación. Sin colocarnos en una situación nerviosa de “no mires, no hagas, no digas...” No, no. Es sencillamente una postura: el alma está de tu parte y esto basta. Es el “hacerse contra” del consejo del Maestro. Lo ha dicho el Maestro: “si alguien me quiere seguir” –estar conmigo, disfrutar de mi misma vida–, “niéguese a sí mismo, y tome su cruz”. Se nos pasarán muchas cosas desapercibidas, lo comprendo, por debilidad, fragilidad, inadvertencia. Ya todo eso el Señor se lo sabe de memoria, nos conoce perfectamente bien. Pero nosotros debemos tener esa exigencia en nuestra vida interior. Y, si fallamos, arrepentirse humildemente; nunca desalentarse. Que eso nos mueva a ratificar

más todavía el amor. Disciplina dominio, abnegación.

Y tercera cosa, cada vez practicar con más intensidad, con más empuje, con más garbo y ánimo, las virtudes. Es el camino de un ir supliendo los defectos. Es ir colocando pureza en el corazón, arrancando las impurezas. Si yo tengo en el corazón unas impurezas respecto a mi yo propio, y voy poniendo en él humildad mediante humillaciones, voy purificando el corazón de la impureza de la soberbia, y voy adornando el corazón con la virtud de la humildad, básica para la santidad.

Por lo tanto, junto a la oración, la disposición del alma de luchar, y además el ejercicio de las virtudes, por este camino de un corazón que, purificado de todo aquello que merma el amor divino, va viviendo de ese amor. Vida de Cristo en mí, y yo sumergido en la vida de Cristo. "Vivo yo, ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí". Convivir con Dios en Cristo Jesús, hasta alcanzar la intimidad del Señor.

En este caso, viene como anillo al dedo una jaculatoria de Madre María del Carmen, sobre la cual ya di un retiro hace tiempo: "Purifica, Señor, mi alma con tu mirada, para que en tu presencia sólo quede amor". Yo esta jaculatoria la digo todos los días, desde hace años, después de comulgar. Una vez que Tú ya has purificado todo, en el corazón no queda más que amor. Amor a Ti. Y entonces, tienes tus complacencias, gozas con estar en el alma, saboreas el rato de estar conmigo. Yo durante el día voy trabajando en purificarme para que, por parte mía, cada mañana en la comunión encuentres más limpia mi alma. Pero reconozco que tienes que ser Tú. Yo colaboro. "Purifica, Señor, mi alma con tu mirada" ¿Para qué?, pues para que, en tu presencia, ante tus ojos, cuando me contemples, no encuentres más que amor.

Yo entonces, a esta frase de Madre María del Carmen se me ocurre añadir en la comunión esta otra jaculatoria: "Amor mío, os amo, y sólo os pido amor. Quiero daros sólo amor. O amarte o la muerte. Sin tu amor, ¿qué es la vida?"

El alma se simplifica. No el mucho saber ni el mucho conocer, ni el mucho discurrir, eleva al alma, sino el mucho amar nos santifica. Ningún santo se ha arrepentido de luchar, ni se ha arrepentido de vencerse; todos lamentan no haber sido más santos, no haber amado más al Señor.

"Purifica, Señor, mi alma con Tú mirada, para que en tu presencia sólo quede amor". Y con ese amor, amar. Porque "sólo pido amor, sólo quiero darte amor. O amarte o morir. Sin tu amor ¿qué es la vida?"